

ELLE  
COSIMANO  
Finlay Donovan:  
una escritora  
de muerte

Traducido del inglés por Jorge Ollero Castela



Título original: *Finlay Donovan Is Killing It*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 by Elle Cosimano  
© de la traducción: Jorge Ollero Castela, 2023  
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)  
Madrid, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-18945-52-6  
Depósito legal: M. 28.432-2022  
Printed in Spain

*Para Ashley y Megan,  
porque iría con cualquiera de vosotras  
a enterrar un cadáver.*



## Capítulo 1

No es ningún secreto que la mayoría de las madres están dispuestas a matar a alguien a las ocho y media de cualquier mañana. Concretamente la mañana del martes, 8 de octubre, yo lo estaba a las siete cuarenta y cinco. Si nunca os habéis tenido que pelear con vuestro hijo de dos años untado de sirope de arce para ponerle el pañal mientras la de cuatro decide hacerse un corte de pelo antes de ir a la escuela, todo a la vez que intentáis averiguar el paradero de vuestra niñera desaparecida y recogéis los posos del café que han rebosado porque en la confusión causada por la falta de sueño se os olvidó ponerle el filtro a la cafetera, dejadme que os lo explique con pelos y señales.

Estaba dispuesta a matar a alguien. Me daba bastante igual a quién.

Llegaba tarde.

Mi agente ya había cogido un tren desde la Grand Central para ir a la Union Station de Washington D. C., donde teníamos reserva para el *brunch* en un restaurante que no me podía permitir y en el que habíamos quedado para hablar sobre cuánto me estaba retrasando exac-

tamente con la entrega de un libro que había empezado tres veces y que probablemente no terminaría nunca porque... Dios santo, mirad qué panorama. Por algo sería.

Mi casa de dos plantas de estilo colonial estaba en South Riding, lo suficientemente cerca de la ciudad como para creer, cuando lo planeé, que las diez era una hora razonable. Y también estaba lo suficientemente lejos de la ciudad como para que gente que posiblemente no estuviera en su sano juicio pensara que era buena idea comprar una muñeca hinchable de tamaño real para colarse en el carril de vehículos de alta ocupación sin que les pusieran una multa o les pegáramos un tiro desde el coche quienes aún nos resistíamos a comprarnos una.

No me malinterpretéis. South Riding me gustaba, pero antes de divorciarme. Antes de saber que mi marido se acostaba con nuestra agente inmobiliaria, que encima era miembro de la presidencia de la comunidad de vecinos. No sé el qué, pero algo me dice que no era eso lo que tenía en mente la vendedora cuando se refirió al ambiente de nuestra meca suburbana como «de pueblecito». El folleto incluía fotos de familias felices abrazadas en porches pintorescos. En él se empleaban palabras como *idílico* y *tranquilo* para describir el vecindario, porque en las páginas satinadas de una revista inmobiliaria nadie puede ver por las ventanas a la madre agotada y con ganas de acuchillar a alguien, ni al bebé desnudo y pringoso, ni el pelo, la sangre y el café esparcidos por el suelo.

—¡Mami, arréglamelo! —Delia estaba en la cocina, frotándose con los dedos el rapado desigual y húmedo donde se había arañado con las tijeras. Le recorría la fren-

te un reguero fino de sangre, que retiré con una gasa vieja antes de que le goteara en el ojo.

—No puedo arreglártelo, cariño. Después del cole vamos a la peluquería.

Presioné la gasa sobre la calva hasta que dejó de sangrar. Luego, con el móvil encajado entre el hombro y la oreja, repté bajo la mesa y fui juntando los pelos que se habían caído, a la vez que contaba los tonos de la llamada a la que nadie contestaba.

—¡No puedo ir así al cole! ¡Se va a reír todo el mundo de mí! —Delia soltaba lagrimones y mocos mientras Zachary la miraba boquiabierto desde la trona y se restregaba el pelo con gofres precocinados—. Papi sabría arreglármelo.

Me golpeé la cabeza contra la parte inferior de la mesa y mi hijo de dos años estalló en lloriqueos incontrolables. Me puse de pie con dificultad, blandiendo un puñadito de pelos de mi hija. El resto de los recortes se me habían pegado con sirope en las rodillas de los pantalones. Tragándome la palabrota que, de haberla dicho en alto, mi hijo de dos años seguramente habría repetido durante semanas subido al carrito del súper, eché al fregadero las tijeras para el pollo llenas de pelos.

Como al cuadragésimo séptimo tono, saltó el buzón de voz.

—Hola... ¿Veronica? Soy Finlay. Espero que vaya todo bien —dije amablemente, por si acaso había muerto aplastada en un accidente de tráfico o calcinada en un incendio por la noche. Nadie quiere ser la gilipollas que deja un mensaje en el que jura matar a alguien por lle-

gar tarde para luego descubrir que ya la han asesinado—. Esperaba que vinieras a las siete y media para que así yo pudiera ir a la reunión que tengo en el centro. ¿Puede ser que se te haya olvidado? —El tono alegre que añadí al final de la frase insinuaba que no pasaba nada. Que estábamos bien. Pero sí que pasaba. Yo no estaba bien—. Si escuchas este mensaje, llámame. Por favor —añadí antes de colgar. Sí, es que mis hijos estaban observándome y siempre decimos *por favor* y—: Gracias.

Colgué, marqué el número de mi ex y volví a ponerme el teléfono debajo de la oreja mientras me sacudía de las manos cualquier esperanza de remontar el día.

—¿Va a venir Vero? —preguntó Delia toqueteándose su obra de arte y frunciendo el ceño al verse los dedos rojos y pringosos.

—No lo sé.

Vero probablemente se pondría a Delia en el regazo y le taparía el destrozo peinándola a la moda, con la raya a un lado. O lo escondería bajo una trenza de raíz intrincada. Yo estaba bastante segura de que cualquier intento parecido por mi parte solo empeoraría las cosas.

—¿Puedes llamar a la tía Amy?

—Tú no tienes ninguna tía Amy.

—Sí. Era hermana de Theresa en la universidad. Ella sabe arreglarme el pelo. Estudió cosmología.

—Quieres decir *cosmetología*. Y no, que fuese a la misma hermandad universitaria que Theresa no la convier- te en tu tía.

—¿Vas a llamar a papi?

—Sí.

—Él sí que sabe arreglar cosas.

Dibujé una sonrisa forzada. Steven también sabía romper cosas. Como los sueños y los votos matrimoniales. Pero no lo dije. En lugar de eso, me mordí la lengua, porque los psicólogos infantiles dicen que no es sano poner verde a tu ex delante de los niños. Y el sentido común dice que no deberías hacerlo cuando estás esperando a que coja el teléfono para pedirle que los cuide.

—Tiene cinta de Simba —insistía Delia siguiéndome por la cocina mientras yo iba tirando los restos del desayuno a la basura y soltando los platos en el fregadero junto con mi salud mental.

—Se dice *cinta adhesiva*. No podemos arreglarte el pelo con cinta adhesiva, cariño.

—Papi sí.

—Espera, Delia. —La hice callar cuando mi ex al fin respondió—. ¿Steven? —Parecía molesto incluso antes de que dijera *buenos días*. Pensándolo bien, creo que ni siquiera fue *buenos días* lo que dijo—. Necesito que me hagas un favor. Vero no ha aparecido esta mañana y yo he quedado con Sylvia en el centro y ya llego tarde. Necesito que te quedes a Zach unas horas. —Mi hijo me dirigió una sonrisa viscosa desde la trona y yo cogí la gasa húmeda para refregar la mancha pegajosa que se me había formado en los pantalones arreglados. Eran los únicos decentes que tenía: trabajo en pijama—. Tampoco le vendría mal un baño.

—Ya —dijo Steven despacio—. Y lo de Vero...

Dejé de limpiarme con la gasa y la solté dentro del bolso del bebé, que tenía abierto en los pies. Ya me co-

noía ese tono de voz. Era el mismo que empleó cuando me dio la noticia de que Theresa y él se habían prometido. También era el mismo que usó el mes pasado, cuando me contó que su negocio de diseño de jardines iba viento en popa gracias a los contactos inmobiliarios de Theresa y que le salía el dinero por las orejas, y que, ah, por cierto, había hablado con un abogado para solicitar la custodia exclusiva. «Querría haberte llamado ayer, pero Theresa y yo teníamos entradas para el partido y al final se me hizo tarde».

—No. —Me agarré a la encimera. «No, no, no».

—Trabajas desde casa. No te hace falta una canguro a tiempo completo para Zach...

—No me hagas esto, Steven.

Pellizqué el dolor de cabeza que me estaba brotando entre los ojos mientras Delia me tiraba de la pernera del pantalón y me pedía gimoteando cinta adhesiva.

—Así que la he despedido —dijo.

«Cabrón».

—No puedo seguir sacándote de apuros...

—¿Sacándome de apuros? ¡Soy la madre de tus hijos! ¡Se llama pensión alimenticia!

—Tienes atrasada la cuota del monovolumen...

—Estoy esperando el anticipo del libro.

—Finn.

Cada vez que decía mi nombre sonaba como un impropio.

—Steven.

—Puede que ya sea hora de que te plantees encontrar un trabajo de verdad.

—¿Como dedicarme a la hidrosiembra de urbanizaciones? —Sí, tiré por ahí—. Este es un trabajo de verdad, Steven.

—Escribir libros basura no es un trabajo de verdad.

—¡Son novelas románticas de suspense! Además, ya me han pagado la mitad por adelantado. ¡He firmado un contrato! No puedo desentenderme del contrato. Tendría que devolver el dinero. —Entonces, como me sentía con bastantes ganas de acuchillar a alguien, añadí—: A no ser que también quieras sacarme de ese apuro.

Refunfuñó para sí mientras yo me arrodillaba a recoger el charco de posos del suelo. Podía visualizar a Steven sentado a la mesa de cocina impoluta que hay en el immaculado adosado de diseño de Theresa, con una taza de café preparado en prensa francesa y tirándose de los pocos pelos que le quedaban.

—Tres meses. —Su paciencia parecía tan escasa como el pelo que tenía en la coronilla, pero me guardé ese comentario porque me hacía más falta una canguro que poder disfrutar de la satisfacción que me producía menoscabar su frágil ego masculino—. Llevas tres meses de retraso en la hipoteca, Finn.

—Querrás decir el alquiler. El alquiler que te estoy pagando yo a ti. Déjame respirar, Steven.

—Y la comunidad de vecinos va a imponer un gravamen sobre la casa si no pagas la factura que te mandaron en junio.

—¿Cómo te has enterado de eso? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Se estaba tirando a nuestra agente

inmobiliaria y su mejor amigo era nuestro prestamista. Así es como se había enterado.

—Creo que los niños deberían venirse a vivir conmigo y con Theresa. De forma permanente.

Casi se me cae el móvil. Dejé ahí la bola de papel absorbente, salí corriendo de la cocina y bajé la voz hasta convertirla en un susurro áspero.

—¡Ni hablar! No pienso mandar a mis hijos a vivir con esa mujer.

—Pero si lo que ganas con los derechos de autor apenas te da para comprar comida.

—¡A lo mejor tendría tiempo de terminar el libro si no hubieras echado a mi canguro!

—Finn, tienes treinta y dos años...

—No.

Tenía treinta y uno. A Steven le fastidiaba que yo fuera tres años más joven que él.

—No puedes pasarte toda la vida encerrada en esa casa inventándote historias. Hay facturas de verdad y problemas de verdad de los que deberías ocuparte.

—Imbécil —murmuré en un hilillo de voz.

Pero es que la verdad dolía. Y Steven era la verdad más grande y dolorosa de todas.

—Mira —dijo—, estoy intentando no portarme como un imbécil. Le pedí a Guy que lo aplazara a finales de año para que te diera tiempo a encontrar algo.

Guy. Su compañero de hermandad universitaria que ahora era abogado matrimonialista. Guy, el mismo que en demasiadas ocasiones había bebido de un barril de cerveza haciendo el pino y que había vomitado en el asien-

to trasero de mi coche cuando estábamos en la universidad, era ahora el abogado que se iba los sábados a jugar al golf con el juez y por cuya culpa yo había perdido los fines de semana con mis hijos. Y, por si fuera poco, Guy había liado también al juez para que me quitase la mitad del anticipo de mi último libro y se lo diera a Theresa como indemnización por los daños que le causé a su coche.

Vale, que sí.

Reconozco que emborracharme y rellenar el tubo de escape del BMW de Theresa con plastilina de Delia quizá no fuera la mejor forma de encajar la noticia cuando me dijo que se habían prometido, pero dejar que ella se largara con la mitad de mi anticipo y, encima, mi marido fue ya meter el dedo en la llaga.

Desde el comedor vacío observé a Delia enrollar lo que le quedaba de pelo alrededor de un dedo rojo y pringoso. Zach gimoteaba removiéndose en la trona. Si no conseguía ingresar algo de dinero en los próximos tres meses, Guy iba a encontrar la manera de quitarme también a los niños y dárselos a Theresa.

—Llego tarde. Ahora mismo no puedo ponerme a discutir esto contigo. ¿Puedo llevarte a Zach o no?

«No voy a llorar. No voy a...».

—Sí —dijo hastiado. Steven no sabía qué significaba estar hastiado. Tomaba café y disfrutaba de ocho horas de sueño ininterrumpido todas las noches—. Finn, lo sient...

Colgué. Vale que no me supo tan bien como meterle un rodillazo en la entrepierna, y sí, probablemente fue

una reacción pueril y poco original, pero una parte de mí se sintió mejor después de haberle colgado. Esa parte muy pequeña de mí (si es que la había) que no estaba cubierta de sirope ni llegaba tarde a la reunión.

Daba igual. Yo seguía sin estar bien. Nada iba bien.

Sentí otro tirón en los pantalones. Delia me miraba desde abajo, con los ojos llenos de lágrimas y el pelo apelmazado en forma de pinchos enredados y sanguinolentos.

Solté un hondo suspiro.

—Sí, cinta adhesiva. Ya lo sé.

Un aire pesado y otoñal entró de pronto en la casa cuando abrí la puerta de acceso al garaje. Encendí la luz, pero el espacio cavernoso seguía resultando lúgubre y deprimente; estaba vacío, salvo por las manchas de aceite que la camioneta Ford F-150 de Steven y mi Dodge Caravan cubierto de polvo habían ido dejando sobre el hormigón. Alguien había dibujado un falo en la luna trasera que Delia no me había dejado borrar porque decía que parecía una flor, y a mí todo aquello me parecía una metáfora de ese momento de mi vida. Contra la pared del fondo del garaje se alineaba un banco de trabajo sobre el que había un tablero enorme para colgar las herramientas. Lo único es que no había herramientas, solo una paleta rosa de jardinería que compré por diez dólares en unos grandes almacenes, una de las pocas cosas que Steven no se llevó cuando vació el garaje. Dijo que todo lo demás era de su empresa de diseño de jardines. Rebusqué entre la chatarra que estaba abandonada sobre el banco de trabajo —unos tornillos sueltos, un martillo roto, una botella casi vacía de limpiador de tapicerías— y

encontré un rollo de cinta adhesiva plateada. Estaba tan pegajosa y llena de pelos como mis hijos; la cogí y volví a entrar en casa.

Los ojos de cordero degollado de Delia desaparecieron. Miraba el rollo de cinta con toda la confianza que conserva la chica a la que aún no le ha decepcionado el hombre más importante de su vida.

—¿Estás segura? —le pregunté sosteniendo un puñado de sus pelos leonados.

Delia asintió. Cogí un gorro de punto que había en el perchero del vestíbulo y volví a la cocina. Zach nos observaba con un trozo de gofre pegado a la cabeza y los ojos como platos, apretando y separando los dedos pringosos con una expresión que rozaba lo místico. Casi seguro que estaba soltando una plasta.

Genial. Que lo cambiara Steven.

Mis tijeras estaban sepultadas bajo el montón de platos sucios del desayuno, así que saqué un cuchillo del taco de la encimera. La cinta se despegó del rollo con un fuerte chillido y coloqué los pelos recortados contra el lateral de la cabeza de Delia mientras la rodeaba con ella, como si fuese una corona plateada espantosa, hasta que (casi todo) el pelo se mantuvo fijo. El cuchillo estaba romo, sin apenas filo suficiente para cortar la cinta del rollo.

«Santo Dios».

Me obligué a sonreír mientras le cubría la cabeza con el gorro de punto, lo suficiente para ocultar las pruebas. Delia me miró con una sonrisa amplia, peinándose con sus diminutos dedos para apartarse de los ojos la pelambra a lo Frankenstein.

—¿Ya estás contenta? —le pregunté intentando disimular la vergüenza que sentía y desviar la atención del pedazo de pelo que se había soltado y que ahora reposaba sobre su hombro.

Delia asintió.

Me metí el cuchillo y la cinta en la bandolera junto con el móvil y saqué a Zach de la trona, levantándolo lo suficiente para olisquearle los calzoncillos, que le colgaban. Satisfecha, me lo coloqué en la cadera y cerré de un portazo al salir.

Yo estaba bien, me dije a mí misma cuando pulsé de un manotazo el botón de la pared para abrir la puerta del garaje. El motor se encendió y un rechinado horrible ahogó el cotorreo de los niños mientras iba subiendo la puerta y el garaje se inundaba de la luz gris del otoño. Los monté en el monovolumen, colocando a Zach y a sus calzones caídos con cuidado en su silla de seguridad. No sabría tan bien como meterle una patada en la entrepierna, pero entregarle a mi ex un niño de dos años con el pañal cagado era lo máximo a lo que hoy podía aspirar.

—¿A dónde va Zach? —preguntó Delia mientras yo arrancaba el coche y lo sacaba con cuidado del garaje.

—Zach se va a casa de papi, tú te vas al cole y mami... —Pulsé el botón a distancia que había en el parasol y esperé a que la puerta se cerrara. No sucedió.

Eché el freno y me agaché para ver el interior del garaje. La luz del motor de la puerta estaba apagada. También lo estaban las luces del pórtico de la entrada y la de la ventana del dormitorio de Delia, que siempre se olvi-

daba de apagar. Saqué el móvil del bolso del bebé y miré la fecha.

«Mierda». Llevaba treinta días de retraso en el pago de la factura de la luz.

Dejé caer la cabeza contra el volante con un golpe sordo y no la moví. Me iba a tocar pedirle a Steven que me la pagara. Él iba a tener que llamar a la compañía eléctrica para rogarles que me restablecieran el servicio... otra vez. E iba a tener que pedirle que viniera a cerrar manualmente el garaje. Y lo más probable es que Guy ya se hubiera enterado de todo antes de que yo volviera a casa.

—¿A dónde vas tú, mami? —preguntó Delia.

Alcé la cabeza y fijé la mirada en la absurda pala rosa que colgaba en el tablero de herramientas. En la ventana oscura del despacho que no había pisado en semanas. En la hierba que sobresalía del camino de losas delantero y la pila de facturas que el cartero había ido echando sobre el peldaño de la entrada cuando dejaron de caber en el buzón. Metí la marcha atrás al tiempo que captaba a través del espejo retrovisor las caras de mis hijos llenas de mocos, cubiertas de sirope y angelicales mientras iba bajando lentamente el coche hasta la calzada, con un pesar en el pecho que crecía ante la posibilidad de tener que entregárselos a Steven y Theresa. «Mami va a averiguar la forma de conseguir dinero».